

IX

No es ahora el fugitivo, el prófugo, el guerrillero audaz que solo fia en su causa y en su estrella, y que al acaso y sin determinado rumbo marcha por escabrosas y torcidas sendas, de vez en cuando iluminadas por el relámpago de su génio.

Hoy tiene ya un ejército; desequipado y pobre como han sido en todos tiempos los ejércitos de la libertad en sus primeros días; pero con el entusiasmo, la abnegación y fé de aquellos.

No esquivo los combates; camina y va derecho á las posiciones enemigas, las ataca y forza. Intima rendición á las plazas ocupadas por fuerzas imperiales, las toma ó las ocupa. Establece sitio á la plaza de Oaxaca; á esa plaza donde algun tiempo ántes fué sitiado, y en la que, sin esperar auxilio alguno, abandonado á sus propias fuerzas, á sí mismo, resistió por tanto tiempo.

Está para tomarla, cuando el gobierno imperial envía una gruesa columna austriaca á protegerla.

El general Díaz la ve venir; espera su aproximación, y cuando está á buena distancia, levanta el sitio prontamente, marcha hácia ella y la destroza en la famosa batalla de la «Carbonera.»

Precedido por la rápida noticia de este triunfo, por su inmensa fama y el irresistible prestigio de su nombre, restablece el sitio á Oaxaca y la toma en ménos de ocho días.

Inmediatamente organiza su gobierno: funda escuelas,

establece aduanas, reduce los impuestos, hace fundir piezas y reparar el armamento; levanta nuevas fuerzas, las disciplina y ejercita en el arte de la guerra; expide leyes, y está en correspondencia con el Gobierno mexicano, residente en «Paso del Norte,» y con los insurrectos de toda la República.

Habia, en ménos de dos meses, despues de organizado su pequeño ejército, atacado y tomado multitud de pueblos, librado varias batallas, sitiado y ocupado la plaza de Oaxaca, y, por fin, y despues de purgar completamente de enemigos y traidores todo el Estado, se sitúa en un punto extratéjico, desde el que á la vez amenaza las plazas de México y Puebla.

La fama de sus triunfos cundia por todas partes. El vacilante edificio del imperio alzado con arena sobre los basálticos cimientos de la República, comenzaba á desmoronarse grano á grano, y amenazaba caer con cada uno de los sacudimientos ocasionados por el triunfo de nuestras armas.

Maximiliano, que desde el principio vió un adversario terrible en este jefe mexicano, y que desde el principio trató de seducirle con los ofrecimientos más deslumbradores, olvida la severa indignación con que los habia ya rechazado, y recurre al mismo arbitrio, agregando, que dejaria cuanto ántes el país y la situación en poder de los liberales.

El general Díaz que desde Oaxaca contestaba á Uraga:

«Jamás he pertenecido á facciones antinacionales; la sangre que circula por mis venas es poca cosa para tributarla á la noble causa de la República; los ilustrados gobiernos y heróicos pueblos de los Estados que me obe-

decen con patriótica abnegacion, harian muy bien en maldecir mi nombre el primer dia en que vacilara por un solo momento en vivir para la patria y morir por ella.»

«Solamente faltando á mi deber, por los respetos que debo á vd. como á mi antiguo jefe y por la amistad que tanto con vd. como con Alvarez me ligan, le contesto, devolviéndole á éste sin someterlo á juicio y ejecutarlo como traidor; pero así lo haré con cualquiera otro que tuviese la desgracia de encargarse de otra mision de esta clase.»

El general Diaz, decimos, en esta vez contestó sencillamente:

«Como general en gefe del cuerpo de ejército que el Supremo Gobierno se ha servido encomendarme, no puedo tener con el Archiduque otras relaciones que las que la Ordenanza y leyes militares permiten con el jefe de una fuerza enemiga.»

¡Qué altivez y dignidad descubren estas líneas, escritas bajo la presion de un supremo esfuerzo hecho para reprimir la indignacion!

«Por nugatorios, dice á su Gobierno, que parezcan estos ofrecimientos, siquiera por el recuerdo de la indignacion con que los rechacé en Oaxaca hácia el mes de Noviembre en 1864, y en Puebla durante mi prision en 1865, es seguramente tan triste el concepto que de nosotros tienen estos europeos, que no se cuidan de proceder con la debida cordura, y en las maniobras de su árdua diplomacia, desconocen hasta los más trillados senderos del sentido comun.»

¡A tanto habian dado ocasion algunos malos mexicanos con su proceder indigno!

No seria absolutamente indispensable trazar aquí es-

tos rasgos, si sobre esta parte del lienzo no existiese un fondo tan oscuro que los hace destacar del cuadro.

Su victoriosa marcha emprendida desde la lejana tierra de Oaxaca hasta el corazon de la República, bastaba por sí sola para atraerle las simpatías y la admiracion de todo el país; para arrancarle un unánime grito de entusiasmo, y para aterrorizar á las huestes enemigas; pero él, que como todo hombre superior poseé, además del conocimiento profundo de las cosas, el conocimiento moral de los espíritus, comprende que debia tranquilizar los ánimos; calmar los justos temores que en el alma de los que habian faltado á su deber despertaba el grito aterrador de la conciencia, y expide una proclama que electriza á sus soldados; que hace ver en su asquerosa desnudez á los traidores que, con toda su deformidad entrega á la opinion del pueblo, y en la que, sin dejar de hacer oír un solo instante, algo así como el sonido del tambor de guerra, derrama frases impregnadas de misericordia y perdon para los vencidos.

CONCIUDADANOS:

«Despues de sufrimientos sin cuento y de gloriosas victorias en todos y cada uno de los Estados de la línea, los ilustres gefes del ejército de Oriente han acudido á mi llamado para arrojar de Puebla y México á los que, vencidos en mil combates, aun pretenden disputar á la Nacion sus destinos providenciales.

«El gobierno frances ha reconocido su impotencia, y su ejército, al regresar á Europa, dirá al mundo entero que la monarquía austriaca es un imposible en la patria de Morelos y Zaragoza. ¡Creen que lo que no pudieron

consumar sesenta mil franceses, ocho mil austriacos, mil seiscientos belgas, y treinta mil extraviados ó forzados mexicanos, con el prestigio y el oro de dos naciones poderosas, sea capaz de llevar á cabo la escasa minoría de clericales, que solo buscan su salvacion en la ruina de los pueblos? ¿Hay quién disculpe tamaña obcecacion? ¿Hay quién la comprenda?

«El triunfo de la República es un hecho que nadie puede arrancar de la historia. Correrá la sangre mexicana por las calles de vuestras ciudades: el fuego, la destruccion y la muerte serán otra vez el espectáculo de algunos dias; la orfandad de muchas familias y la ruina de otras el único resultado de la incalificable tenacidad de los Márquez, Miramón y Lares; pero la voluntad de Dios será cumplida y México independiente y libre.

«Mexicanos: Los ciudadanos que se agrupan bajo las banderas del ejército de Oriente, continuarán su marcha con la inquebrantable resolucion de que han dado pruebas en repetidos combates y en largas y penosas campañas. Muy pronto estrecharemos la mano á nuestros hermanos del Norte, de Occidente y del Centro, y con su poderosa cooperacion quedará consumado el triunfo que no pudiéramos alcanzar por nuestros solos esfuerzos.

«Mexicanos, los que os habeis extraviado: La República es bastante grande y poderosa para ser magnánima. Nadie piensa en inundar el suelo con raudales de vuestra sangre; el Congreso de la Union y el Gobierno Supremo, á quien ha sido delegada la representacion nacional, atesoran los más santos deseos para mitigar los rigores de la ley en favor de la generalidad de los desgraciados.

«Los pueblos de todos los Estados sublevados contra

la dominacion extranjera, forman numerosos é irresistibles ejércitos que encerrarán á sus enemigos en un círculo de fuego; y ¡ay de los que tengan la desgracia de haber provocado nuestras iras! La nacion traicionada se hará entónces justicia, y solo Dios sabe sobre cuantos recaerá su justa indignacion.

«La Constitucion de 1857 y el Gobierno Supremo que de ella emana, serán reconocidos en toda la extension del territorio nacional; el pueblo será llamado á elegir á sus mandatarios y á decidir de la suerte de los que olvidaron sus deberes de mexicanos; y por nuestra parte, cumplidos nuestros votos y satisfechos nuestros deseos, solo pediremos en recompensa EL PLENO GOCE DE LAS GARANTÍAS CONSTITUCIONALES reconquistadas por la ayuda de nuestras armas.»

El ejército, el pueblo, la nacion, en esos momentos, no eran más que un hombre, un hombre solo, que se movia y que se agitaba á impulsos de los latidos y de los estremecimientos del corazon de su caudillo.

El terreno estaba preparado, faltaba solamente dar el golpe decisivo.

Como el condor que vacila un punto en elegir su presa; que inclina el ala hácia una y otra parte, y que se cierne, y amenaza caer hácia uno y otro lado, y no se sabe á dónde irá; dirige el general Díaz la mirada á México y á Puebla, y, alternativamente, y sin comprometer combate decisivo, sacude las alas de su indomable ejército sobre una y otra plaza.

Se resuelve al fin: cae sobre Puebla; la rodea y sugeta en un estrecho círculo de hierro.

La lucha se establece, y qué sé yo qué tiempo habria durado, si la repentina aparicion de una formidable fuer-

za de traidores, que como la fuerza austriaca de la "Carbonera" venia á quererle arrebatar su presa, no le hubiese obligado á apresurar su triunfo.

No vacila..... como se precipita un torrente hácia el abismo; como se precipita el aire en el vacío, y como el rayo que cae en medio de espantosa tempestad; por trece puntos diferentes, precipita y lanza sus columnas, realizando en ménos de media hora, lo que en esa misma plaza, el ejército frances, en tanto tiempo, no se atrevió á pensar siquiera.

Imposible es pasar este hecho de armas tan por encima, como lo he hecho ya sobre otros tantos.

Cópio en seguida una descripción que de él existe; contiene sus más preciosos detalles, y, aunque reimpressa muchas veces, creo que no lo será nunca demasiado.

X

"El ejército de Oriente descendió al valle de Puebla el 7 de Marzo. No se habia obrado aún el movimiento de concentración que reunió poco despues bajo los muros de la ciudad de Zaragoza á una considerable parte de las fuerzas que defendian la independencia en la parte oriental de la República. Cuando el general Diaz se presentó á las puertas de aquella plaza, sus tropas, si mal no recordamos, se aproximaban apenas á 3,000 hombres. No fué su idea, segun hemos entendido, poner en asedio la ciudad: en vista de la inferioridad numérica de su ejército y de sus elementos de guerra, creyó que el enemigo saldria á su encuentro, y hé aquí por qué en la

mañana del 8 de Marzo tendió sus tropas en batalla á la falda del cerro de San Juan.

"La guarnicion imperialista, léjos de aceptar el reto, se encerró dentro de su línea de fortificación. Para establecerla y reforzarla se habian aprovechado las lecciones del famoso sitio sostenido contra el ejército frances cuatro años ántes. El centro de la ciudad estaba ceñido con una formidable línea de barricadas y baluartes erizados de artillería. Puebla habia sido, durante mucho tiempo, una especie de depósito militar para el ejército de la intervención. Pocos meses ántes se habia recibido de Europa una enorme cantidad de pertrechos destinados para los voluntarios austriacos, y los almacenes de la plaza rebozaban literalmente de armas, de municiones y de víveres.

"El jefe del ejército de Oriente contaba con un número de fuerzas mezquino, relativamente á la empresa de cerrar la ciudad y de reducirla por un formal asedio. Le faltaba casi del todo la artillería, y esto por la sencilla razon de que se habia armado con los despojos del enemigo, y de que los austriacos y traidores, derrotados en Miahuatlán y la Carbonera, no llevaban artillería de batalla ni de plaza. Seis pequeñas piezas rayadas, botín recogido en la segunda de aquellas dos victorias, constituian casi todo el material de artillería del ejército que comenzó á sitiar á Puebla en los primeros dias de Marzo del año pasado. Los defensores de la plaza lo sabian y se juzgaban seguros tras de su línea terriblemente artillada.

"El jefe sitiador no vaciló, sin embargo, en comenzar las operaciones, y sus primeras medidas introdujeron algun desconcierto en el enemigo. Con recuerdo de los